

EL ACCIDENTE DE LADY DI

Alberto Loschi

Cuando Freud se acerca al problema que la histeria planteaba al médico lo que encuentra no es tanto 'el secreto de la histeria' -su 'virus etiológico'-; lo que resulta más importante es el hallazgo, o mejor, la construcción de un modo de reanudar un diálogo con la enfermedad; diálogo que a la sazón se mostraba interrumpido. Al establecer las líneas de una otra lógica -la de lo inconsciente-, que permite reinstaurar el diálogo con la enfermedad, dio forma al psicoanálisis; a su vez los postulados del psicoanálisis dan forma a lo que resulta, en palabras de Freud, una "nueva enfermedad": la neurosis de transferencia, permeable ahora a la lógica del psicoanálisis que la estableció. En el tratamiento, al decir de Freud, la neurosis original muda a neurosis de transferencia. Toda la cura será un diálogo con ella y en ella. Así pues, el psicoanálisis, mucho más que 'un descubrimiento científico', es una lógica que permite un nuevo diálogo con la enfermedad; de ahí su

riqueza. Lo que hoy se nombra como 'crisis del psicoanálisis', y de la que tanto se ha hablado, puede pensarse como un trastorno en ese diálogo.

Entre los avatares que presenta el análisis de la neurosis de transferencia hay uno notable: su mudanza en neurosis actual.

Freud, en "Análisis terminable e interminable", relata el caso de una mujer que al concluir el tratamiento desarrolla una patología somática. Esta vicisitud plantea nuevas exigencias al diálogo del médico con la enfermedad.

En lo que sigue abordaremos el estudio de un accidente -una manifestación 'actual'-. El accidente presenta de manera notable algunas de las características de lo actual: aparece como algo no psíquico quebrando la continuidad psíquica, carece de historia y de determinación causal, está fuera de toda ley, introduce el azar -un matiz de lo actual que en el caso del accidente es particularmente intenso-. Estas características entre otras nos apartan de los

modelos habituales de comprensión y hacen al interés del estudio del accidente.

Un Accidente Actual

El accidente de Lady Di conmovió al mundo. En él murieron ella y su novio egipcio Dodi Al-Fayed. Culminaba así una historia de amor iniciada pocos días antes, pero también terminaba la historia de una vida comparada muchas veces con un cuento de hadas. De inmediato la figura de Lady Di cobró carácter de mito. La forma espontánea en que esto ocurrió, propia de la psicología de las masas, resulta oscura mientras no se comprendan los resortes que esta historia fatal movilizó. Freud decía que el mito de Edipo nos conmueve en tanto encontramos en él algo en lo que nos identificamos. Cuáles son los elementos que en este mito nos convocan?

Lady Di fue una mujer que no se destacó por alguna cualidad personal. Incluso su belleza, sus obras de caridad o su cierto desenfado para moverse dentro de la realeza no guardan relación con el fenómeno social que suscitó. Al momento de su muerte,

formando ya parte del mito, se habló de una santa, se la comparó a la Madre Teresa. Qué la elevó de pronto a tan alto sitio?, qué milagro había por fin realizado?

Las expectativas que generaban las alternativas de su vida, el interés con que se seguía cada uno de sus pasos, las elucubraciones y fantasías que despertaba el tratar de imaginar la continuación de su historia, cual si se tratase de una telenovela entregada por capítulos, se vio de golpe truncada por un final tan abrupto como sorpresivo: el accidente fatal. Qué insolencia azarosa se atrevió a interrumpir de manera tan categórica esa maravillosa historia?, o quizá el final formaba también parte del guión?. Hechos de esta naturaleza mueven a estas reflexiones. Fue el intrascendente azar que, una vez más, nos muestra que ni la más famosa de las princesas está libre de sus caprichosos avatares?, o es el destino ya trazado que finalmente nos descubre su última página?. Es un azar que introduce la fatalidad?, o es lo fatal que se presenta como azar?.

Una historia llena de sentidos es interrumpida de golpe por un accidente sin sentido. Pero, es así?. Si reflexionamos más

atentamente, qué extraño fenómeno hace que el fortuito accidente aparezca en un momento como aquello más cargado de sentido y precisamente por ello nos conmueve y atrae nuestra atención. Lady Di murió bajo una mala estrella que se le cruzó al azar, o nació bajo una mala estrella que le trazó un destino fatal?. Esta formulación, propia de un astrólogo o un brujo, parece adecuada en este caso tratándose además de un personaje que, por lo que sabemos, era muy afecto a la consulta con este tipo moderno de oráculos.

Lamentablemente no poseemos ninguna información sobre qué tipo de cosas le profetizaban. Pero tal vez no sea muy importante. Para nosotros, psicoanalistas, mucho más importa saber qué mueve a una persona a tratar de conocer lo que el destino le tiene reservado.

Todos en algún momento lo experimentamos y Lady Di parecía sentir una gran necesidad de estas profecías. La última consulta había sido junto a su novio pocos días antes de su muerte. Podemos pensar que esta necesidad de consultar al destino se acrecienta en aquellos momentos donde el futuro se presenta particularmente incierto, dudoso, dependiente en fuerte medida del azar. Pero esto

sólo no es suficiente. Todo momento podría considerarse así. Algo más es necesario, y ese 'algo más' creemos encontrarlo en la vivencia de una sombra nefasta que se proyecta tras la incerteza, la duda o el azar; es el presentimiento, el 'saber oscuro' de algo fatal. Si atendemos a la historia universal encontramos que son momentos como estos los que han llevado a reyes, guerreros, personajes de estado a consultar los oráculos. En un momento así Layo acude al oráculo que le habla de su destino; Edipo también lo hace y del mismo modo encuentra respuesta. Diana fue a consultarlo pocos días antes de su muerte.

Cómo puede el oráculo saber algo que el mismo que consulta no sabe?, cuál es este misterio?, cómo llegan a él tales memorias del futuro?.

Volviendo al psicoanálisis digamos que esa oscura vivencia nefasta no corresponde a un no saber sino a un saber sin palabras. El oráculo 'sabe' en palabras lo que el que consulta 'sabe' sin palabras. Esa vivencia es la sombra que llega a nuestra conciencia de lo que carece de representación, no son pues propiamente hablando

'memorias del futuro' sino memorias de lo irrepresentable. Así se presenta el 'antiguo' trauma infantil. Valga aquí una pequeña digresión entorno a la palabra -infantil-. Esta no se refiere principalmente a una etapa de la vida, a una cronología pasada, a lo que ocurrió siendo niño. Infancia, en su sentido más estricto, quiere decir sin palabras. Se trata de lo que no es palabra y no obstante está. Volvamos pues a esta vieja palabra -infancia- para reafirmar, en un sentido enriquecido, que el psicoanálisis se ocupa de la 'infancia'. Infancia es también lo que está en la palabra sin ser palabra, es tal vez lo que da vida a la lengua.

Una Infancia Real

Los padres de Diana procedían de la más alta nobleza. El padre buscaba prolongar la estirpe y era su anhelo lograr vínculos más íntimos con la familia real. Con ese designio se casó con la vizcondesa de Althorp. Fue un matrimonio por conveniencia y al poco tiempo la relación entre ellos, según la describen algunas publicaciones, era desastrosa. No obstante primaba el deseo de descendencia y de ese modo tuvieron dos hijas. Pero el padre

necesitaba un hijo varón. Fue así que llegó un tercer embarazo y nació por fin el hijo varón. El deseo se había cumplido; sin embargo el destino, con su designio inescrutable, hizo que fuera tan deforme que murió a poco de nacer. Imaginamos lo que pudo haber sentido el padre al ver frustrado su deseo en un trance tan cruel. Parece que fueron momentos terribles, junto a su familia de origen acusó a su esposa de no poder tener más que hijas mujeres y la sometió a tratamientos médicos con el fin de que diera a luz un varón. Es en esas circunstancias que nace Diana, dieciocho meses más tarde. La decepción del padre fue tremenda y se refleja en las palabras que pronunció al verla: "perfecto espécimen físico". Esta expresión estuvo lejos de ser un simple modo de decir ya que tardaron una semana en encontrarle nombre; sólo habían pensado nombre de varón. Sin embargo podemos interpretar que la frustración porque fuera mujer encubría otra más profunda: que hubiera nacido viva. En ese sentido el hijo varón, deforme y muerto, cumplía con un ideal tanático más fundamental: el filicidio, que, condenado para los hombres, es patrimonio y prerrogativa de los dioses. El hijo muerto -que hace

presente al 'padre muerto'- se convierte así en la figura misma del ideal. Conjeturamos que ese hermano muerto, víctima del filicidio, plasmó de entrada el ideal de Diana. De tal modo la princesa pasó a ser habitada por ese ideal de 'infantia'. Siendo niña, Diana le confesaría a su hermano menor (el quinto hijo fue varón) que de haber vivido el hermano que la precedió ella no hubiera nacido. Nació entonces, como 'un bello ejemplar', de un hermano deforme y muerto. Tal fue la conjunción astral de su nacimiento.

Durante mucho tiempo ese ideal de 'infantia' quedó expresado y opacado en el ideal de realeza: casarse con el príncipe heredero, su amor idealizado desde niña. Luchó por ese ideal y lo logró. Tal como su madre se casó con un noble doce años mayor que ella. Con alguien que, como el padre, también estaba más interesado en la descendencia que en el amor a su mujer. Había conseguido ser Alteza Real. Pero alcanzar este ideal puso al descubierto que era otro el ideal perseguido. Fue infeliz en su matrimonio y eso no tan sólo por no ser amada por su esposo o por la infidelidad de éste. Todo eso es secundario y podría haberlo sobrellevado e incluso cambiado.

El motivo de su infelicidad era más profundo. Valen aquí las palabras del poeta: "La princesa está triste, qué tendrá la princesa"; ella tampoco quería a su esposo, la princesa quería morir, ser ese hermano muerto. Este debe haber sido el motivo más poderoso tanto de su infelicidad como de la frialdad de su esposo, y que llevó a éste a seguir buscando refugio en otra mujer.

Así como se había sentido un estorbo en su casa materna y luego con su madrastra, también empezó a serlo para la familia real. Tal como su hermano, era una víctima. Esa identificación con la víctima la llevó a ir convirtiéndose en la 'reina de los desposeídos'. Era víctima pero no estaba muerta. Y la distancia con ese ideal inconfesable, irrepresentable, no estaba saldada, la deuda se hacía sentir como angustia, infelicidad, tristeza, depresión.

El período de su matrimonio y su estancia con la familia real podemos homologarlo al despliegue de la psiconeurosis en un tratamiento. Se pueden seguir transferencias, repeticiones, conflictos. Como en un tratamiento, encontramos pinceladas de 'lo actual' entreveradas en la psiconeurosis: la dominancia del afecto, los

intentos de suicidio, la bulimia. Finalmente 'resuelve' la psiconeurosis y se separa de Carlos, un tiempo más tarde se divorcia. Abandona 'el tratamiento' llevando con ella 'los restos', no resueltos durante el mismo.

El Accidente Fatal

Separada de Carlos desaparecen los síntomas psiconeuróticos y su estado general mejora. Justo un año después de su divorcio, en ese tiempo extraño de lo inconsciente, conoce a Dodi Al-Fayed, un poco mayor que ella, como ese hermano mayor que no tuvo, y se produce entre ellos una atracción fatal. Él busca en cada mujer con la que sale a su madre, muerta en un accidente siendo él niño. Sus numerosos amoríos siguen un cliché: comienza endiosando a la mujer de turno hasta lo sublime para más tarde denigrarla y abandonarla cruelmente, tal como fue abandonado por su madre. Diana busca en él a su hermano muerto. El flechazo es instantáneo. A partir de allí los acontecimientos entran en una carrera alocada hacia la muerte. Lo que antes era conflicto y angustia, muda en decisión y acto. Como un autómatas ejecuta el guión de una pasión amorosa. Él nunca podía

ser aceptado por la corona ni por el gobierno británico. Dada su condición de extranjero poderoso, no sólo era rechazado, sino que no podía conocer las intimidades de la realeza y los secretos de Estado; lo menos que hubiera significado para Diana era perder totalmente a sus hijos. Y eso era algo que, por lo que sabemos, ella no estaba dispuesta a poner en juego. En otras condiciones ese amor hubiera despertado un intenso conflicto, un mar de dudas y sentimientos encontrados. Nada de eso ocurrió; según sus palabras fueron los días más felices de su vida y estaba totalmente decidida a seguir adelante. Tampoco consideró las historias amorosas de Dodi, que le daban razones más que poderosas para considerar que seguramente también ella, como las otras, terminaría abandonada, humillada y tal vez desposeída de sus hijos. Si en tales circunstancias no dudó fue porque ya no había conflicto, 'la decisión' había sido tomada, 'se había resuelto' por la muerte.

Los sucesos se aceleraron alocadamente, como el auto en el que se estrellaron contra una columna dura, rígida, inmovible frente a los avatares de la vida, como el ideal tanático al que finalmente se

unió. Como una bella y macabra metáfora eso ocurrió en el túnel del puente del Alma. El túnel, símbolo de muerte y nacimiento, lugar de encuentro con el ideal. El puente, lugar de tránsito del 'Alma', de un mundo a otro mundo, de una vida a otra vida. Ella, deforme y ya muerta se unió así a su hermano muerto y Dodi a su madre muerta. Consumaron el más alto ideal, y alcanzar ese clímax, tan vedado a los humanos, la hizo mito.

De pronto cobró sentido el apodo con el que se la conocía mundialmente: Di se pronuncia igual que -die- cuyo significado es -morir- y también -azar-. Lady Di, 'la dama muerte'.

Uno de los rumores que circularon luego del accidente, y que podemos considerar como versiones del mito, era el de que estaba embarazada. Se condensan así en el accidente clímax, muerte y nacimiento. En efecto, con su muerte dio a luz un rey. Al haberse convertido en mito irradia su luz sobre el hijo, el príncipe heredero. La carga mítica recaerá ahora sobre él, y no sobre Carlos. Llegará a rey no sólo por corresponderle en la sucesión sino también iluminado por el brillo del mito. Hereda la carga ideal.

Curiosas vueltas del destino: ella, que nació de un varón muerto y deforme, con su muerte vuelve a la vida a ese varón, en la forma de un bello príncipe. Como la princesa que con un beso transforma al sapo en rey, Diana con su muerte convierte finalmente a ese anhelado varón, muerto y deforme, en el futuro Rey. Quizá ese haya sido su milagro.

Como resto de esa ceremonia fatal, donde se gestan los dioses, queda un sobreviviente deforme, de quien el mito dice que quedó sin lengua y sin memoria. Mudo testigo del horror.

Encontramos pues, alumbrando su muerte, la misma estrella que alumbró su nacimiento. El mismo signo, la misma conjunción que preside el nacimiento, enmarca la de su muerte. No hay azar en ello.

El azar, con su neutra objetividad estadística, nada tiene para aportarnos a esta historia. No sabemos sobre qué trama se enhebran aquí las cosas, pero no se trata de un azar. Tampoco hay forma de anticipar el desenlace deshilvanando causas. Pensar el accidente implica apartarse de la lógica que se desarrolla dentro del estrecho margen del determinismo y el azar. Así como el lapsus

quiebra la organización del lenguaje articulado y entenderlo implica incluirlo en otra lógica, de un modo semejante el accidente quiebra la organización lógica que usamos para entender el mundo -la realidad-. El accidente desbarata las fábulas que nos sostienen y, más allá del determinismo o el azar, presenta la crudeza de lo fatal. Poder incluir lo fatal en el diálogo con la enfermedad es tal vez uno de los desafíos que el padecer 'actual' nos impone.

*El autor es vicepresidente y secretario científico de C. I. P. E. A.

(Centro de Investigación para el Estudio de los Accidentes)